

REPLICA *

LEOPOLD KOHR**

Si se me permite emplear la analogía, diría que el señor Federico A. Cordero ha descargado sobre mí toda su batería de cañones. De acuerdo a su opinión, he falseado lo dicho por el Prof. J.H. Williams; mi enfoque es determinista, simplista en sus razonamientos y superficial en su conjunto. Los detalles no son lo bastante elaborados y, aparentemente, niego las creadoras contribuciones de la economía matemática, a la que llamo "hija predilecta" de la economía estadística. También se señala que intento argumentar problemas planteados, mediante la discusión de sus analogías. De hecho, esta última aseveración refleja todo el sentido del enfoque filosófico que postulo, y que representa un retorno a lo que he llamado en mi ensayo *economía filosófica*, pero que ahora prefiero designar como *economía conceptual*.

Ya que en mi ensayo expuse mis puntos de vista, mis comentarios sobre las numerosas objeciones del señor Cordero serán lo más breve posibles:

1. No tengo nada que objetar a las tres páginas que el señor Cordero dedica a resumir el discurso inaugural del profesor Williams, del que sólo cité el título y la mitad de una frase. Esto debió evidenciar que no empleé estas citas con el fin de ilustrar lo que el profesor Williams dijo, sino cómo lo dijo. No señalé nunca que su discurso fuera una instancia a fundamentar la economía en bases filosóficas, sino que argumentaba desde una perspectiva filosófica. En consecuencia, aunque el largo resumen del señor Cordero no deja de tener interés, nada tiene que ver con las proposiciones mantenidas en mi ensayo. Por este motivo, el mismo profesor Williams, a diferencia del señor Cordero, no considera

* Traducción del inglés por Jorge Enjuto.

** Catedrático asociado de economía del Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico. Fue secretario personal del profesor George M. Wrong, famoso historiador del Canadá. Es coautor de *The Custom Union Issue* (1950) y *Economics and the Public Interest* (1955), y es autor de *Customs Union: A Tool for Peace* (1949) y de *The Breakdown of Nations* (1957). Es además autor del artículo *Meta-Economía*, que apareciera en el primer número de esta *Revista*.

que mis palabras hayan tergiversado el sentido de su discurso. Muy por el contrario, tuvo a bien expresar su conformidad.

Por haber insinuado que tras las leyes económicas se encuentran siempre las inmutables leyes naturales sirviéndoles de fundamento, el señor Cordero descarta mi enfoque tachándolo de determinista. ¿Y qué habría de malo en que lo fuera? Me pregunto, si el determinismo—siguiendo la suerte de Dios y el comunismo—habrá de convertirse en tema vedado en el moderno debate académico. No obstante, ocurre exactamente lo contrario. El reconocimiento de las inmutables leyes naturales ofrece al hombre mucha más oportunidad de influir sobre ellas que la visionaria suposición que niega su existencia. Los físicos están a punto de conquistar la atracción de la fuerza de gravedad terrestre, no por negar, sino por aceptar la inmutabilidad de la ley de gravedad. Si una botella de ron produce en un hombre efectos predeterminados que fluctúan desde el empleo de lenguaje obscuro y la agresividad, hasta el malestar físico y finalmente la inconciencia, ¿es que el reconocimiento de esta situación dará pábulo a una filosofía de determinismo alcohólico y a una conducta pasiva ante el curso de los acontecimientos naturales? ¿O no será este reconocimiento el requisito indispensable para poder actuar con el objeto de evitarlos? Lo mismo aplica a la economía, cuya mayor debilidad consiste en que muchos de los modernos economistas niegan la idea de la fundamentación de esta ciencia en las leyes naturales, llevados por su temor determinista de verse atrapados por ellas. ¿Pero cómo es posible que sin relaciones fundadas en la inalterabilidad de la ley, puedan ofrecernos normas, cuyo éxito depende de la continuación de concatenaciones causales que, por ley natural, no pueden seguir otro curso que el prescrito? De no ser así, de nada nos servirían dichas normas.

3. Por haber señalado que lo único que necesitamos hacer para aumentar nuestra comprensión económica es encontrar las leyes más profundas de la naturaleza, el señor Cordero también me acusa de simplificar las cosas en demasía. Tiene toda la razón, pero, ¿es que hay alguna virtud en lo complejo? Chasqueado por el hecho de que los físicos continuaban encontrando sustancias móviles en el interior del núcleo del átomo que no deberían estar allí, el profesor Edward Teller, creador de la bomba de hidrógeno, señaló recientemente que, hasta la fecha, nadie podía explicar el misterio. De lo único que estaba seguro—declaró—es que cuando a fin de cuentas se aclare el problema, su solución resultará ser muy sencilla. Leonardo da Vinci descubrió una de las más importantes leyes de la física cuando tuvo de improviso un sencillo pensamiento que le hizo exclamar: “¡Las leyes de la mecánica son las mismas en ambos casos! Al igual que las ondas que sobre el

agua produce la piedra que en ella se arroja, las ondas sonoras van por el aire cruzándose sin entremezclarse y manteniendo como centro el punto de origen de cada sonido. El mismo fenómeno ocurre con la luz, pues como el eco es el reflejo del sonido, la reflexión de la luz en un espejo es el eco de la luz. Existe una sola ley de mecánica en todas las manifestaciones de fuerza".¹ Esta simplicidad de pensamiento le hubiera creado a Leonardo da Vinci serias dificultades con el señor Cordero.

4. He pecado también de superficialidad, y mis proposiciones distan mucho de ser completas. Como un ejemplo, el señor Cordero cita mi infundada aplicación de la teoría cuantitativa del dinero a los problemas de la población. Si el señor Cordero lo permite, le señalaré que mi artículo es un ensayo, no un libro; un esquema, no una disertación académica. Por este motivo no puede ser una obra terminada. En cuanto a la atribuida superficialidad, debo señalar que quizás la falta de terminación pudiera darle esta apariencia. Es evidente, que el bosquejo que precede a un óleo no es necesariamente superficial sólo porque le falten algunos trazos. No fue pues mi intención la de ofrecer una obra acabada.

No obstante, si el señor Cordero se hubiera tomado la molestia de leer otros trabajos míos hubiera encontrado desarrolladas muchas de las cosas cuya falta de elaboración critica. He aplicado mi superficial enfoque teórico a los problemas del capitalismo, y por ello me ha sido posible ofrecer una nueva teoría sobre la desintegración del capitalismo.² Lo he aplicado asimismo, al análisis de los niveles de vida, y ello me ha permitido ofrecer un nuevo tipo de análisis de nivel de vida, y los principios de una medición de estos niveles mejor fundada que la empleada en la actualidad,³ donde los economistas estadísticos parecen intentar hacernos creer que un aumento en el consumo de las tabletas de aspirina es índice de que nos estamos enriqueciendo. También lo he aplicado a los ciclos de negocios —una de las zonas que más ha destacado el señor Cordero— lo que me ha permitido presentar una nueva teoría sobre este fenómeno.⁴ Cuando sus comentarios llegaron a mi mesa de trabajo, me encontraba a punto de aplicar mi enfoque a la formulación de la misma teoría cuyo esbozo considera tan superficial el señor Cordero: una teoría cuantitativa o rítmica del índice de creci-

¹ Dimitri Merekowski, *The Romance of Leonardo da Vinci* (New York: Garden City Publishing Co., 1930), 333 págs.

² *Economic Systems and Social Size*. En R. Solo: *Economics in the Public Interest*. (Rutgers University Press, 1955), págs. 197-208. "The Danger of Size", *Business Quarterly* (Verano, 1957), págs. 149-163.

³ "Must Living Standards Decline?," *Commercial & Financial Chronicle*, marzo 18, 1954, pág. 18. "Toward a New Measurement of Living Standards," *American Journal of Economics and Sociology* (Oct. 1955), págs. 93-104. "How to Measure Living Standards?," *Business Quarterly* (Verano, 1956), págs. 91-106.

⁴ "Danger of Size", *Business Quarterly* (Verano, 1957), pág. 154.

miento de la población. En el libro *The Breakdown of Nations*, la aplicación de mi teoría me ha permitido ofrecer una nueva filosofía social y una nueva interpretación de la historia.⁵ No obstante, admito que aún así queda todavía mucho por hacer y desgraciadamente, siempre quedará.

5. He negado las aportaciones creadoras de la economía matemática, a la que he llamado "hija predilecta" de los economistas estadísticos. Al acusarme de superficialidad, el señor Cordero debió tener sumo cuidado en no caer en la misma falta que me imputa. La denominación de "hija predilecta", tanto lógica como gramaticalmente, se refiere a mi ensayo, sin el menor género de dudas, no a la economía estadística, como parece suponer el señor Cordero, sino a la economía política. Una lectura cuidadosa hubiera también esclarecido que lo que señalo acerca de la economía matemática no aplica a todos aquellos a quienes los cuadrículadores del pensamiento económico han encasillado entre los economistas matemáticos. Sería el último en negar el valor creador de las contribuciones de hombres como Pareto, Walras, o Cournot. Aunque el método empleado por estos pensadores era matemático, su enfoque era filosófico, como ciertamente lo ha sido el de todo contribuyente original a las ciencias humanas. Este es el motivo que llevó al profesor Heilbronner a titular su reciente libro sobre los grandes economistas *The Worldly Philosophers*.⁶ Después de todo, ni aun los economistas matemáticos pueden aplicar su ciencia si no existe *a priori* un concepto, una filosofía, dable de aplicación. Por tanto, si la filosofía es anterior a la matemática, las fórmulas de esta disciplina no son en sí el concepto, sino una representación *análoga* del concepto, lo mismo que una imagen tomada de la biología o de la física sería en este caso una mera analogía. No es pues sustancia, sino instrumento. Por este motivo, los verdaderos matemáticos, aquellos que emplean las matemáticas filosóficamente, —al igual que los verdaderos poetas emplean su idioma y los verdaderos físicos sus observaciones— no tendrían tiempo ni interés para preocuparse de la economía. A fin de cuentas, como justamente señaló una vez el Dr. J. Bronowski, un famoso matemático inglés y amigo de muchos economistas matemáticos: "Sólo los matemáticos de segunda fila se dedican a la economía". Los de primera fila se dedican, por supuesto, a la independiente gloria de su propia disciplina.

Aunque niego sus aportaciones *creadoras*, no por ello niego el valor *práctico* de la economía matemática; que es, en relación a la econo-

⁵ *The Breakdown of Nations* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1957; Nueva York: Rinehart, 1957), 244 págs.

⁶ Robert L. Heilbronner, *The Worldly Philosophers* (Nueva York: Simon and Schuster, 1953), 342 págs.

mía conceptual, lo que la albañilería a la arquitectura. Lo mismo que el arquitecto necesita del albañil para dar sustancia a su concepto, así el economista necesita de las matemáticas y de la estadística. Por eso es por lo que yo mismo estoy siempre en constante búsqueda de matemáticos y estadísticos que puedan estructurar mis formulaciones. Lo único que puse en duda fue la conveniencia de confiar a albañiles la tarea de diseñar, y asimismo, la necesidad de que los arquitectos tengan que dominar las técnicas de albañilería. Admito que el análisis equilibrado y otros ejemplos citados por el señor Cordero, se prestan especialmente bien a la presentación matemática. Es indudable que la matemática contribuye frecuentemente a la feliz aplicación de lo que, de otra suerte, se mantendría en el plano de lo teórico. Mas no fue ciertamente esta ciencia lo que llevó al *fundamento conceptual* de, por ejemplo, el análisis equilibrado. Ello fue posible a través del pensamiento filosófico.

6. Finalmente, se me reprocha el tratar de discutir las cosas mediante el empleo de analogías. No me queda otro recurso que sugerir al señor Cordero que lea nuevamente mi ensayo. Pensé haber dejado bien sentado que aunque señalé el empleo de la analogía como punto de partida del análisis, debía considerarse sólo como el camino para conocer, primeramente las homologías, algo bastante diferente de las analogías, y, finalmente, para llegar a las leyes fundamentales que trascienden las disciplinas.

Tengo plena conciencia de que por más explicaciones que pueda dar, no me será posible convencer al señor Cordero de mis puntos de vista; así como él tampoco podría convencerme a mí de los suyos. En nuestra discusión, estamos realmente debatiendo el actual y controversial problema del sentido de la investigación. Por una parte, tenemos la posición que defiende la investigación pura, con su total indiferencia hacia la utilidad de sus objetivos; y por la otra, la investigación aplicada con su constante exigencia de resultados prácticos. En lo que a mí respecta, me adscribo a la investigación pura y continuaré haciendo caso omiso de la aplicada. No es que considere que la investigación aplicada carece de valor, por el contrario, creo que cumple sus propósitos. Pero opino, sin embargo, que no puede siquiera comenzar siquiera a cumplirlos sin fundarse en la primera forma de investigación. Einstein nunca hubiera podido crear la bomba atómica, pero la bomba atómica no hubiera sido posible sin Einstein, cuya despreocupación por lo mundano era de tal naturaleza que hubiera sido incapaz de arreglar una bicicleta. Me siento un poco como aquel arzobispo católico, a quien un arzobispo protestante ofreció llevar en su automóvil, con la tolerante observación: "Después de todo, ambos servimos a Dios a nuestra manera". "Ciertamente —contestó el prelado católico—, usted a su manera y yo a la de Dios".

REJOINDER TO MR. CORDERO'S COMMENTS

LEOPOLD KOHR

(Abstract)

The main difference between Mr. Cordero's position and mine regarding the approach to economics—whether it should be political, mathematical, or philosophical—reflects fundamentally the currently much discussed difference between basic and applied research. The philosophic approach which I suggested is the basic approach. The mathematical or statistical method reflects applied research. I would be the last to deny the value of the two latter. What I denied is the position of preeminence nowadays accorded them. For mathematical economics is to conceptual economics what bricklaying is to architecture. It is useful. It is essential. But it does not exist in its own right. The prerequisite of its accomplishment is the vision, the hunch, the design, the concept, the philosophic perception that precedes it. This is deprived of oxygen if the tool, essential as it is, is accorded greater significance than the substance.

My challenge was, however, not directed at mathematics, one of the great branches of philosophy whose accomplishments are equal to those of poetry and music, and whose tasks are so exacting that, as the famous English mathematician Dr. J. Bronowski justly remarked, "only second rate mathematicians are economists". For in economics mathematics as also statistics can never be more than a tool. Precisely because of this, I think highly of both. But also because of this, it does not modify my position for which Mr. Cordero has taken me to task. In fact, I feel a little like the Catholic Archbishop who, being offered a lift by the Protestant Archbishop with the words: "After all, do we not both serve the Lord in our own ways?", answered: "Yes indeed. You in your way, and I in His".